

LOS MILAGROS DE JESÚS

VISIÓN DE LA TEOLOGÍA SINÓPTICA

Introducción

Se llama teología sinóptica, a la teología que exponen los evangelistas Marcos, Mateo y Lucas. Los distintos evangelistas presentan los hechos milagrosos dentro de un contexto determinado que es preciso descubrir. Asimismo, la teología de cada evangelista está marcada por el mensaje que quiere transmitir tomando en consideración a los receptores de su evangelio (1).

El término milagro, del latín “miraculum” designa un hecho sobrenatural, cuyo origen es divino. En los orígenes de la humanidad todo aquello que sobrepasaba el entendimiento humano era entendido como milagro. De forma que los hechos naturales que el hombre de la antigüedad no comprendía eran considerados como milagro: así el trueno, la lluvia, el relámpago, etc.

El auténtico milagro hay que descubrirlo en el ser humano que llega a ver y comprender que el milagro no es un hecho contra la naturaleza ni sobre la naturaleza. Simplemente el milagro siempre sucede en la naturaleza y se presenta ante el creyente que llega a aprehender, en la plenitud de su tiempo, que toda la creación es un auténtico y maravilloso milagro.

Vamos a intentar asimilar los hechos de milagros que nos proponen los sinópticos. La presentación de los milagros que nos proponen Mateo, Marcos y Lucas está realizada dentro de un contexto más amplio que es preciso conocer, al menos, en sus rasgos más característicos, con el fin de descubrir el signo que se esconde detrás de cada hecho concreto.

Lo importante no es el hecho del milagro, sino el signo que se nos revela a través de la exposición del hecho. El signo es vida y el hecho puede ser muerte. Cada hecho de milagro encierra un signo que está dispuesto a revelarse en aquél que cree. Para ver el milagro hace falta fe. El milagro no despierta la fe; es la fe la que permite ver el milagro.

Por tanto, y como premisa previa, hemos de saber que para los sinópticos (Marcos, Mateo y Lucas) lo importante no son los hechos y acontecimientos que narran, sino el signo a través del que desean que descubramos, como ellos lo hicieron, a la persona de Jesús. Todo gira en torno al personaje de sus obras. Lo importante es llegar a confesar al Jesús que nos presentan como el enviado de Dios.

Las concesiones historicistas o literarias serán válidas siempre que consigan mostrar con la mayor autenticidad la persona de Jesús. Lo auténtico es Jesús. Las situaciones en las que cada evangelista le coloca podrán variar dependiendo del estilo, de la inventiva o de la teología propia del autor. Todo es válido siempre que el personaje central mantenga toda su pureza. La parquedad en los textos de Marcos contrasta con la exposición más detallada de Lucas, sin embargo, Jesús es presentado en ambos con igual veracidad y fuerza.

Por último, no debemos olvidar la psicología propia de cada autor, que le lleva a presentar a su personaje de la forma y manera en la que él personalmente lo vive. Haremos, por tanto, un estudio de algunos milagros evangélicos partiendo de la perspectiva de cada autor. En algún caso, compararemos el mismo hecho entre uno y otro evangelio para aprehender el signo auténtico que tratan de hacer llegar a sus lectores. En estas comparaciones veremos que los hechos portentosos en los que se inserta el milagro pueden variar sin que, por ello, el mensaje pierda su autenticidad.

Los sinópticos ante los hechos de milagros

Antes de estudiar los textos sobre milagros de cada uno de los sinópticos, conviene señalar cuál es la posición de partida que tiene cada uno de los evangelistas, de ahí que seguidamente exponamos qué es lo que podemos decir en relación a cada evangelista sinóptico ante el hecho milagroso (2).

1.- Mateo y los hechos de milagros:

Mateo dirige su mensaje a los judíos cristianizados. Estos habían vivido durante miles de generaciones fieles a la enseñanza de la ley. Ahora, el evangelista muestra su enseñanza cristológica a la naciente Iglesia. Todos los milagros hay que aprehenderlos como una enseñanza más de Jesús. De hecho, Mateo recorta la exposición narrativa del milagro. No le interesa describir cómo es tal o cuál enfermedad. Asimismo, a los personajes secundarios de sus relatos los hace desaparecer.

El interés del evangelista es mostrar el mensaje y hacer comprender a sus lectores que el reino esperado durante tanto tiempo se hace presente en Jesús. Esta es la razón por la que elimina lo accesorio de todo hecho milagroso, alargando, sin embargo, todos los diálogos del relato ¿Por qué? Porque para Mateo es más importante el mensaje que desea transmitir con el milagro, que el milagro en sí mismo.

Este mensaje se encuentra resumido frecuentemente, en las palabras que Jesús dirige como respuesta a la petición del hecho: *Animo, hija, tu fe te ha sanado. Y quedó sana la mujer desde aquel momento* (Mt 9,22). El hecho primordial de Mateo es la fe de la naciente cristiandad. Quien cree en la palabra que encierra, no ya la ley, sino la figura de Jesús que presenta en su obra, se encuentra en el reino de Yahvé, que no es otro que la nueva humanidad vivida por Jesús.

Jesús habla con la misma autoridad que expulsa a los demonios. Esta constante se deja ver claramente en sus discursos. Es más, es el único evangelista que reagrupa entre el primer discurso inserto en sus capítulos 5 al 7 y el segundo del capítulo 10, diez milagros que están dispersos en otras fuentes. La palabra y la obra en Mateo están fuertemente ligadas. *Expulsa a los demonios con la misma autoridad con que habla* (7,28).

El lector de este evangelio tiene que creer el Kerigma que presenta su autor. Curarse por mediación de Jesús no es otra cosa que dejarse impregnar de su palabra. Aquellos que creen en su mensaje, pueden a su vez realizar estos prodigios. Jesús manda a sus discípulos a que quiten toda enfermedad y dolencia. ¿Cómo? Creyendo en él, pues el reino está cerca (10, 1-7).

Podríamos resumir la teología mateana, en relación a los milagros de Jesús de la siguiente forma: Mateo expone sus hechos de milagros al igual que lo haría hoy un catequista. El evangelista narra los milagros como catequética y espera que la palabra dicha opere el milagro en el oyente (3).

2.- Marcos y los hechos de milagros

La forma de presentar Marcos los milagros es extremadamente parca: la fiebre la dejó... la lepra se alejó ... el viento cesó... etc. Un vocabulario que dista mucho de presentar un hecho sobrenatural. Ciertamente que en tiempos de Jesús era muy normal que los enfermos sanasen gracias a un exorcismo. Lo sobrenatural en los relatos de milagros de Marcos aparece en las reacciones de los testigos y no en los hechos en sí.

Cuando Marcos se refiere al signo de Jonás, utiliza una expresión cuyo significado habría que traducir por el de prodigio. A Jesús no le piden un signo, le solicitan un prodigio. Su respuesta evita el nombre de Jonás, se limita a decir: *No se dará a esta generación ningún prodigio* (8, 11s). Se ve, por tanto, que para Marcos, Jesús emite un juicio contra todo prodigio gratuito y se aleja de la forma de pensar de sus contemporáneos. Es más, reclama el silencio de aquellos en los que se ha obrado el milagro. (1,44; 5,43; 7,36; 8,26). El milagro en Marcos no tiene que despertar la fe. ¡Es la fe la que tiene que realizar el milagro!

El evangelista no desea mostrar al taumaturgo, sino al hombre. Y este hombre que es el Cristo, cuando limpia la enfermedad del cuerpo humano, lo que está limpiando es la culpa y el pecado de la humanidad. El Jesús de Marcos no viene a sanar, viene a salvar. Descubrir la salvación es algo personal. La parafernalia de los prodigios nada tiene que ver con esta vivencia. Así, Marcos renunciará, incluso, a narrar las apariciones del resucitado (Estas, en su evangelio, fueron añadidas posteriormente. No pertenecen a la teología de Marcos, aunque son consideradas canónicas). Cristo tiene que aparecerse a cada cristiano si ha aprehendido el mensaje de su evangelio. ¿Qué sucede si no ha sido así? Habrá que volver a iniciar la lectura del mismo, hasta confesar con Pedro *Tú eres el Cristo*. (8,29).

Esta confesión es personal, nadie puede decirla por otro. Ningún prodigio puede arrancarla de los labios del creyente. El signo remite al silencio y allí se confirma lo que la fe ya había proclamado: ¡Jesús es el Cristo!

3.- Lucas y los hechos de milagros

Lucas nos presenta sus milagros para que confesemos que la salvación que trae Jesús es la definitiva. La que todo hombre busca y que no está supeditada a religión alguna. No es preciso ser judío para salvarse. Hay que creer en la palabra de Jesús.

En el evangelio de Lucas, las gentes le siguen para oírle y ser curados de sus enfermedades (6,18). *Qué palabra es ésta* (4,36). Aquellos que escuchan la palabra y la asimilan son los que pueden ver el milagro. Esto provoca la división entre los que siguen a Jesús, ya que los que escuchan la palabra pueden traducir el signo, pero los que se limitan a oír, no ven absolutamente nada.

En el libro de los Hechos de los Apóstoles, Lucas deja clara constancia de que el milagro no convierte al que no escucha. Cuando Pablo cura al cojo de Lystra, la gente le apedrea (14,19); igual sucede cuando a Pedro, por curar a otro cojo, le llevan por esta causa ante el sanedrín (3-4). *Si por el dedo de Dios expulsos los demonios, es que ha llegado a vosotros el reino de Dios* (11,20). Jesús hace milagros para que el creyente compruebe que la salvación está ya en el mundo. El evangelista lo explica una y otra vez a lo largo de su obra: lo importante no es curarse ¡Hay que salvarse!

Cuando Jesús limpia la lepra del cuerpo de diez personas, únicamente una vuelve donde él para agradecerle la curación. Jesús le responde: *Vete, tu fe te ha salvado* (17,19). El auténtico milagro está en

la aprehensión y, por lo mismo, vivencia de esta frase ¡Los otros nueve han sanado pero no se han salvado! El milagro consiste en sentir la salvación. Y ésta sólo se siente cuando se escucha la predicación de Jesús. Como Nínive se salvó escuchando al profeta, así se salvará la nueva generación.

Cristo será el dedo de Dios que, a su vez, escuche al pobre y necesitado, al enfermo y desheredado. Este actuar de Cristo en la persona de Jesús, será el signo que habrá que descubrir para alcanzar la auténtica realización humana (TEXTO 1).

Consideraciones previas al estudio de los hechos de milagros

Antes de realizar un estudio de los relatos evangélicos de milagros, conviene realizar unas previas consideraciones tocantes a aclarar hasta qué punto en la época de Jesús la posesión diabólica y el exorcismo eran equiparables a la enfermedad y a la curación natural.

En el antiguo Oriente, los enfermos no iban al médico, esta profesión era completamente desconocida, el doliente acudía al sacerdote para recibir de sus manos la receta o la palabra que sanara su dolor (4).

La farmacopea estaba compuesta, más que por mezclas de plantas y aceites, por invocaciones secretas que el sacerdote formulaba según colocaba la cataplasma en el miembro enfermo. Estas costumbres fueron cediendo paso al arte médico importado de Grecia. Los helenos comenzaron a estudiar las leyes de la naturaleza y a ver las enfermedades como males que provenían del cuerpo físico y no del alma inmortal.

En la época de Jesús existía una mezcolanza entre las creencias del arte curativo del sacerdote y el remedio del médico. Cuando la nueva profesión médica atajaba la enfermedad, no se acudía al sacerdote. ¿Qué sucedía cuando el mal continuaba? Lo mismo que, en ocasiones, sigue sucediendo con el hombre de hoy: acudía al sacerdote, por si el motivo último de la enfermedad estuviera en algún espíritu maligno o en alguna causa demoníaca, donde la medicina no pudiera hacer nada.

Si esto en algunas personas creyentes sigue sucediendo hoy, fácil es suponer con la frecuencia que debía suceder hace veintiún siglos. Ciertamente que el sacerdote de entonces tiene hoy otros nombres, tales como gurús, adivinos, brujos, echadoras de cartas e incluso, por qué no decirlo, sacerdotes, aunque la profesión de exorcista tiene poco futuro en nuestro mundo actual.

En los evangelios vemos que Jesús hace milagros usando exorcismos. Las gentes acuden a él tanto para curar la enfermedad como para liberarse del diablo ... *habían venido para oírle y ser curados de sus enfermedades. Y los que eran molestados por espíritus inmundos quedaban curados* (Lc 6,18).

Los evangelistas, al narrarnos un milagro, pueden estar refiriéndose a un exorcismo porque, de hecho, en la época de Jesús, enfermedad y posesión demoníaca van de la mano. De ahí que debemos admitir que la nítida diferencia que hoy hacemos entre enfermedad y posesión diabólica no existía en tiempos de Jesús ¿Por qué se confunde la enfermedad con la posesión diabólica? Porque para un judío el origen de la vida es Dios.

Vivir significa participar de la experiencia de la divinidad. Morir por lo mismo, es alejarse del Dios creador y vital ¿Qué sucede, por tanto, cuando alguien está enfermo? Que siente el mal en su interior. ¿Dónde encontrar la causa de esta enfermedad? La respuesta no permite dudar: El origen del mal está en que el enfermo se ha alejado de Dios. Cuanto mayor sea el mal, mayor será la lejanía de Dios, o dicho de otra forma, la cercanía del demonio ¡el pecado!

En nuestra mentalidad occidental, podrá parecer extraña esta forma de pensar. No obstante, todavía en algunos pueblos de España se conservan costumbres que recuerdan estas creencias. Así, por ejemplo, la costumbre de algunos pueblos donde las mujeres, después de tener un hijo no salen a la calle hasta pasada la cuarentena. En ese día, van a la iglesia y, solamente después, pueden reanudar su vida normal ¿Por qué? La respuesta viene dada cuando se conoce la mentalidad judía antes expuesta.

Las mujeres al parir, pierden (especialmente en la antigüedad) mucha sangre. Tal pérdida deja al organismo sin fuerzas, es decir, sin vida. Una persona sin vida, es una persona sin Dios; conclusión: la mujer al dar a luz está alejada de Dios. Lo mejor es que se quede en casa hasta que la vida vuelva a ella y cuando esto ocurra, primero que dé gracias al Altísimo (ir a la Iglesia), después que rehaga su vida normal.

No nos extrañaría que, en el inconsciente colectivo de la iglesia, la fobia, aunque disimulada, contra el sexo, provenga entre otras causas, de esta creencia, ya que, por una parte, no hay nada más hermoso para una mujer que el tener un hijo, pero por otra parte, siempre que lo tiene (o tenía) se la considera impura porque la pérdida de la sangre le hace sentirse alejada del Dios de la vida.

Los testigos de Jehová son otra prueba viviente de estas creencias orientales. Ellos no pueden recibir sangre de otra persona porque en la sangre está Dios. Lógico, si perdemos sangre, perdemos vida y si la vida es Dios, "perdemos Dios". Conclusión, la sangre no se puede dar.

Veinte siglos después de los hechos evangélicos, no hemos comprendido que la única forma de perderse es no dándose a los demás, aunque ello exija perder la sangre, es decir, la vida, como Jesús la perdió por los hombres en la cruz.

Hemos de realizar una última consideración para diferenciar los milagros de Jesús de los eventos que podríamos denominar mágicos. Y ello porque uno es el mundo del milagro y otro el de la magia.

Con frecuencia, cuando se estudian los milagros desde la teología católica, se cuida al detalle la actuación de Jesús para marcar las diferencias entre él y los taumaturgos de la época. Y ciertamente que el exégeta tiene razón al actuar de esta forma porque el mago desea poseer y Jesús se siente poseído. Uno busca el provecho propio y otro el del prójimo (5).

Hecha esta importante salvedad, hemos de reconocer que el ambiente y la época en la que vivió Jesús y en la que, posteriormente, se escribieron los evangelios, estaba llena de magos, curanderos, exorcistas, etc. Esta realidad muestra la autenticidad de los textos evangélicos, pues Jesús, como hombre de su época, usó de todos los conocimientos propios de sus contemporáneos (6).

No es de extrañar, por tanto, que él realizase exorcismos y fórmulas mágicas, si a través de ellos podía contactar con la angustia humana, para hacer sentir al hombre que la salvación había llegado. Jesús se presta a toda esta mentalidad, porque es la suya. ¡Porque no tiene otra para hacer llegar su mensaje! Veintiún siglos después, podemos observar esta realidad y lejos de encubrirla, debemos resaltarla porque es una de las pruebas más rotundas de la autenticidad de su obrar.

Jesús estaba rodeado de magia desde su nacimiento. Fueron tres magos y no tres reyes como la piedad popular ha traducido, los que se postraron en Belén. Hombres que traducían el mensaje de los astros, el mensaje del piso de arriba (=morada de Dios) para conocer los acontecimientos de la tierra: *Nacido Jesús en Belén de Judea, en tiempos del rey Herodes, unos magos que venían del Oriente se presentaron en Jerusalén (Lc 2,1).*

La fuerza de estos magos era tan grande que se estremece toda Jerusalén. Independientemente del valor teológico de este estremecimiento, lo cierto es que el evangelista Mateo nos deja constancia de la credibilidad que tenían estas artes en el siglo primero de nuestra era.

Jesús viene a salvar al hombre concreto y éste, en cada época, tiene sus costumbres y creencias. Ahora creemos que la democracia libera ¿Qué sucederá dentro de mil años? Pensamos que el hombre habrá encontrado otra forma de convivencia donde el mal que padecen hoy tantos millones de seres humanos se habrá mitigado. Pero ello no significa que el mensaje de salvación en nuestro siglo, no deba encuadrarse dentro de un pensamiento democrático. De hecho, cuando la Iglesia (e Iglesia somos todos) se olvida de esta realidad, la salvación no llega al hombre.

Jesús insertó su mensaje y actuó en un mundo completamente distinto al nuestro. El gran milagro estriba en que, siendo el pensamiento de aquella época tan diferente, su palabra sigue siendo la misma y sus milagros, como signos, siguen conteniendo la misma autenticidad y vigencia que tenían en el instante de ser realizados.

Estudiaremos a continuación algunos hechos milagrosos para demostrar esta afirmación.

Los milagros de Jesús en los evangelios sinópticos

Seguidamente vamos a exponer algunos hechos de milagros según los narran los evangelios sinópticos, tratando de observarlos en el contexto en el que se produjeron, y posteriormente, reinterpretarlos según nuestra propia perspectiva de universo. Ciertamente que nuestra perspectiva es distinta, sin embargo, el milagro debe permanecer.

Conviene recordar al respecto que el milagro siempre nos ha de remitir a un mundo distinto del de la experiencia ¡aunque el hecho se realice en el mundo de la experiencia! El hecho es historia pero su intencionalidad es teología (7). De ahí que al margen de la perspectiva de universo en el que se realizó, el signo que allí se produjo ha de seguir revelándose en el creyente (TEXTO 2).

El milagro de la curación de la suegra de Pedro.

Iniciaremos el presente estudio del hecho milagroso con el episodio de la curación de la suegra de Pedro. El milagro de esta curación, pudiera parecer uno de los menos portentosos realizados por Jesús. Hasta hace poco, pasaba casi inadvertido en las vidas que se escribían sobre Él. No obstante, en la actualidad y siempre que se habla de los milagros evangélicos, aparece este hecho como uno de los que permiten diferenciar el signo, del portento, el milagro, del exorcismo.

Por otra parte, este milagro viene narrado por los tres evangelistas sinópticos, Mateo Marcos y Lucas, permitiendo observar las diferencias de un mismo hecho con motivo de sus personales teologías.

Veamos las tres exposiciones:

Según Mateo 18, 14-15: Al llegar Jesús a casa de Pedro, vio a la suegra de éste en cama, con fiebre. Le tocó la mano y la fiebre la dejó y se levantó y se puso a servirle.

Según Marcos 1, 29-31: Cuando salió de la sinagoga se fue con Santiago y Juan a casa de Simón y Andrés. La suegra de Simón estaba en cama con fiebre; y le hablan de ella. Se acercó y tomándole la mano, la levantó. La fiebre la dejó y ella se puso a servirles.

Según Lucas 41, 38-39: *Saliendo de la sinagoga, entró en la casa de Simón. La suegra de Simón estaba con mucha fiebre y le rogaron por ella. Inclínándose sobre ella, conminó a la fiebre y la fiebre la dejó; ella, levantándose al punto, se puso a servirles.*

Tres relatos distintos para narrar la curación de una mujer. En lo esencial, podríamos sintetizar el hecho de la siguiente manera: Una mujer, suegra de Pedro para más señas, se encuentra en cama, con fiebre. Jesús se entera y la cura, ella se levanta y se pone a servir a los amigos de su yerno.

Veamos a continuación cómo las diferencias de este relato nos muestran un cuadro de conjunto que nos permite acercarnos a la figura de Jesús de Nazaret y comprender más la sociedad en la que se enmarcaron.

1.- Mateo y la curación de la suegra de Pedro:

San Mateo más que un milagro, nos muestra una catequesis sobre el actuar de Jesús. Para el evangelista, Jesús es el Mesías de la palabra y de la acción. En los capítulos anteriores a la narración de este milagro (tal y como hemos indicado en la nota 3), Mateo muestra el discurso programático del sermón del monte (5-7). La palabra actúa en quien la escucha. Así, en los capítulos 8 y 9, muestra la acción de esta palabra con signos que demuestran que Jesús es el Mesías esperado por el pueblo judío.

Observamos en esta narración del hecho, que Jesús llega, ve, toca, sana y la mujer le sirve. No hay floritura alguna; todo en el pasaje es Jesús en acción. Anteriormente (caps. 5-7), Jesús había hablado y mostrado suficientemente su mensaje. Ahora, quien haya entendido y aprehendido la palabra, comprenderá lo que está sucediendo.

Lógicamente, la escena debió estar más en consonancia con lo que narran los otros evangelistas. Pero San Mateo nos está enseñando su catequesis. Los cristianos que oían y leían su evangelio tenían que comprender que Jesús era el maestro de una doctrina cuya fuerza vencía todo mal y procuraba el perdón. De ahí que en los hechos de milagros reduzca al máximo el elemento narrativo. Lo importante es el discurso didáctico y no el milagro en sí.

Jesús llega a la casa de Pedro y toca a su suegra. El judío que oía esta narración pensaría ¿cómo es posible que un rabino se acerque a una casa donde alguien tiene fiebre? Tener fiebre, significaba estar mermado de fuerza vital, es decir, y según lo explicado más arriba, estar alejado de Dios. Cuando una persona estaba alejada de Dios, según la ley había que considerarla impura (como la mujer al dar a luz). Pues bien, Mateo sitúa a Jesús ante una mujer que es considerada impura (tiene fiebre), la mira y ¿qué hace? Lejos de abandonar la casa como habría hecho cualquier religioso de la época, se queda y además, la toca.

Tocar a una mujer impura significa adquirir su impureza. Jesús, según la ley se habría convertido en un hombre impuro. Mateo trata de explicar a su iglesia que en Jesús, la ley de Moisés, adquiere su plenitud (5,17). Quien haya comprendido el mensaje del cap. 5 podrá ahora asimilar el actuar del Mesías (8).

Jesús toca a la impura y ésta se levanta y se pone a servirle. ¡Es ella la que recibe la pureza del Cristo! Mateo tiene ante sí a unos cristianos que provienen del judaísmo y que, por lo mismo, a veces les cuesta trabajo abandonar las costumbres y ritos judaicos. La impureza desaparece para quien sirve a Cristo. Una nueva sociedad está naciendo.

2.- Marcos y la curación de la suegra de Pedro:

El evangelista Marcos escribe este milagro siguiendo el esquema básico del relato-tipo de milagro de la antigüedad, que por otra parte, era el esquema que seguían los relatos milagrosos helenísticos. A saber: 1. Tipo de dolencia: la suegra de Pedro enferma de fiebre. 2. Intervención curativa: Jesús la toma de la mano y la levanta. 3. Constatación de la curación: Se le va la fiebre, se levanta y les sirve (9).

La narración en Marcos, independientemente de que el esquema sea el clásico, estimamos que está más cerca de la realidad histórica: Es un sábado. Jesús enseña en la sinagoga (1,21). Pedro podría ser el que contó la historia... *y cuando salimos de la sinagoga, nos fuimos a casa. Santiago y Juan nos acompañaban.* La escena es mucho más realista que la de Mateo. Aquí se deja constancia de que es sábado. Día sagrado. No se podía trabajar. Hasta los pasos al caminar debían ser contados. Jesús parece olvidarse de todo. Él piensa que el sábado es para el hombre y no el hombre para el sábado (2, 27-28).

Entra a casa de Simón (Mateo le llama Pedro para reforzar la autoridad que tenía en la iglesia naciente a la que él expone su catequesis), le acompañan Santiago y Juan. Jesús, al verla en la cama, no la toca (Mateo), sino que le coge la mano y la levanta de la cama. Es muy importante caer en la cuenta del significado del semitismo "levantarse". No se trata del acto de incorporarse en la cama. Cuando Jesús toma de la mano a esta mujer, la levanta, es decir, la resucita, le da la vida. La muerte, representada por la fiebre, la dejó. Ante la vida, que es Cristo, la muerte desaparece.

Marcos, a diferencia de Mateo, dice en su escrito que a Jesús le hablan del problema de la suegra de Pedro. Él sabía lo que se iba a encontrar si penetraba en esta casa. Una mujer inservible, medio muerta (socialmente hablando). Sin embargo, cuando Jesús le da su vida, se pone, no a servirle como dice Mateo, sino a servirles. El cristianismo, para Marcos, es servicio a los demás, ayuda a los necesitados. Es en la debilidad donde hay que descubrir la grandeza. Por eso su evangelio acaba con el pasaje de las mujeres ante la tumba vacía.

¿Dónde está?, se preguntan. Marcos responde, en Galilea. Allí comienza su evangelio. Quien no haya descubierto al Cristo, que comience a leerlo otra vez (las apariciones que se encuentran después de este episodio, aunque canónicas, no pertenecen al evangelista; 16, 9-20).

3.- Lucas y la curación de la suegra de Pedro:

Lucas era médico según el testimonio de Pablo (Col 4,14), conocedor, por tanto, del origen de muchos males. A diferencia de Mateo y Marcos, precisa que la fiebre era muy alta. Asimismo, puntualiza que ruegan a Jesús por ella. No se menciona ni a Santiago ni a Juan. Lo importante para Lucas va a ser el milagro en sí.

En el caso de Mateo y Marcos, no se dice que rogaron por ella. Estos eran judíos. Lucas provenía del paganismo y era originario de Antioquía de Siria. A él no le repugna decir que rogaban para que Jesús la atendiese. Los otros evangelistas no pueden porque la impureza era castigada por la ley. Y ya dijimos que tocar a un enfermo era participar de su impureza. Lucas no tiene este problema, sus lectores tampoco. El relato de este evangelista es el de un médico contando la visita que ha realizado a un paciente.

Jesús llega y según la costumbre de los galenos, se inclina sobre el paciente. Pero ¿qué sucede? La receta que da es... ¡un exorcismo! ¿Magia, medicina, religión? Lucas expone que Jesús conmina a la fiebre y la fiebre la dejó. Amenaza con un exorcismo a la fiebre. ¿Por qué? Por la creencia popular de que la fiebre era de origen demoníaco ¡Había que expulsar al demonio de la fiebre!

Este, al oír el exorcismo, abandona a la mujer. En ese preciso instante: *levantándose al punto se puso a servirles*. La fiebre era muy alta, pero ante la orden de Jesús, ésta abandona el cuerpo de la enferma. Lucas es el autor evangélico que más influenciado está por la medicina helena de su época, fuertemente marcada por un origen demoníaco.

Jesús es, en su evangelio, el salvador. Un signo de esta salvación es la desaparición del mal en aquellos que creen en su mensaje. Todos los milagros de Jesús hay que estudiarlos en el contexto -de su enseñanza. La salvación llegará para el cristiano tras la resurrección. El milagro es una prefiguración, un anuncio de esa plena y total realidad.

Interpretación teológica del milagro de la curación de la suegra de Pedro

Previa a la interpretación teológica razonemos los interrogantes que nos plantea el texto. Jesús llegó a casa de Pedro para hacer uno de sus milagros. Allí estaba su suegra con fiebre ¿Cuántos grados tenía? 38, 39, 112, 41. Nadie lo puede saber: ¡el termómetro no se había inventado!

Jesús le tocó la frente. ¡Milagro! La fiebre le desapareció. ¡No! En cualquier caso, la fiebre iría remitiendo hasta que el cuerpo tuviera una temperatura normal. Pero ¿Cuál era esta temperatura? Hace veintiún siglos, la medicina no sabía que los 36,1/2 grados son los que corresponden a un cuerpo sano. ¿Cómo se enteraron de que aquella mujer no tenía fiebre?

La conclusión científica es: nada se puede decir al respecto. Realmente, sí, se puede afirmar algo sin error posible. No sabemos si la fiebre desapareció o no, puesto que era imposible su comprobación. La ciencia podría y de hecho puede seguir argumentando. Si Jesús es confesado Dios por estos prodigios, ¿qué decir de Bayer? ¿Acaso él con su aspirina no ha conseguido y sigue consiguiendo cada segundo cientos de curaciones? Ante este milagro ¡la aspirina tiene más Dios! La expresión puede parecer cómica, pero no por ello menos realista (10).

La pregunta que brota de estas conclusiones es obligada. Si la cristiandad sigue confesando este hecho como milagro, es debido a que el signo debe encontrarse en algo diferente a los grados de temperatura. Es más, según las conclusiones arriba indicadas, posiblemente, aun en el caso de que la fiebre hubiera continuado, ¡el milagro se habría realizado! A los evangelistas no les preocupa el hecho. Mateo dice que la toca. Marcos que le coge la mano. Lucas que hace un exorcismo. El científico que tendría que haber tomado una aspirina...

El signo no está en la desaparición o no de la fiebre. La enfermedad es el hecho a través del que el creyente debe captar el milagro. Una vez captado, el milagro permanece aunque el hecho en el que se produce deje de tener validez. Especialmente, cuando comprobamos que tampoco la tuvo para los evangelistas. La conclusión es clara: la fiebre pudo o no desaparecer, pero el milagro, independientemente de ello, se produjo ¿Cómo?

Reinterpretemos la lectura del hecho: Es sábado: Jesús y sus discípulos, entre ellos Pedro, llegan a Cafarnaún. Pasan a la sinagoga a orar. Jesús lee la ley y les enseña lo que quiere decir (hace teología). Al acabar, salen de la sinagoga. Ya en la calle, alguien informa a Pedro: tu suegra está mala, tiene fiebre. Pedro, de temperamento fogoso, no puede evitar el fastidio que le produce el contratiempo. Piensa: El maestro en Cafarnaún y no puedo llevarle a casa.

No entramos aquí en la disyuntiva de si vivía o no la esposa de Pedro. Poco importa. Pedro no puede ir a su casa, porque, independientemente de que pudieran o no atender a su invitado, estaba contaminada.

Jesús se da cuenta del problema, pregunta, le hablan de ella y como respuesta se dirige sin vacilación a la casa "maldita" (según la sociedad judía). Pedro trataría de convencerle:

- Pero... maestro, ¡que está en cama!... su impureza es grande. Te vas a contaminar tú y nos vas a fastidiar a los demás.

Jesús no escucha. El milagro comienza a producirse en aquellos que le acompañan. Alguien llega a decirle:

- ¡Es sábado! La ley, además, prohíbe trabajar, hoy es día de Dios y no del hombre... Jesús... Jesús... ¿Dónde vas?

Entra en la casa. Aquella mujer que había oído a sus parientes hablar de Jesús, ve que se le acerca. Un hombre tan importante, tocado de la mano de Dios, por quien su yerno, ¡el impetuoso de su yerno!, había dejado las redes para seguirle, la estaba tocando. ¡Tocando! Llevaba varios días mala, sus vecinas se alejaban de ella, se encontraba sola, desamparada, ante la fuerza demoníaca que la consumía. Su culpa debía ser grande para que Dios permitiera no ya el dolor, sino la vergüenza que estaba pasando ante el pueblo... Y El, la está tocando. ¡Se está contaminando por ella! El enviado de Dios, el Cristo según Pedro, la está levantando del lecho y sonríe, no se contamina, sonríe. ¿Cómo estás? Le pregunta. Ella se levanta y se pone a servirles.

Todos se maravillan de lo que ven. Pero, qué es lo que ven, lo que de hecho hay que ver?

Que el signo de que Dios ha entrado en la historia, es Jesús. ¡El hombre! El hombre no está hecho para la sociedad, es ésta la que debe doblegarse ante él. Las leyes que imperaban en la época de Jesús asfixiaban las ansias de realización humana. Hoy también tenemos las nuestras.

La suegra de Pedro, como sus vecinos, estaban marcados por estas leyes. Llega Jesús y muestra que la ley más importante es la que se vive, no la que se escribe. En el actuar de este hombre, sus contemporáneos ven un signo (milagro) de Dios en el mundo. Su palabra viene avalada por su obrar. ¡Nada exterior contamina! El mal se aloja en el corazón del hombre. La suegra de Pedro se da cuenta de esta verdad y lejos de esconderse en el último rincón de la casa para no contagiar con su impureza, se pone a servirles. Los invitados también comprenden y se quedan junto a ella.

El milagro se ha producido. El mundo está cambiando. Los evangelistas nos transmiten este hecho, diciendo a continuación que, al atardecer, le trajeron muchos enfermos endemoniados, es decir, el deshecho de la sociedad y El atendía sus dolencias, maravillando a todos.

Es curioso que dejen constancia de estas numerosas curaciones, explicando que se realizaron en el atardecer ¿Por qué? Porque había pasado ya la prohibición sabática y escandalizaba menos a los judíos que leían los evangelios. La curación de la suegra de Pedro se había producido en sábado. Una, sí; más, era demasiado. Aunque iban asimilando el actuar de Jesús, éste siempre les sobrepasaba. Así colocaron el resto de las curaciones fuera del sábado. A la sociedad siempre le cuestan trabajo y sudores los cambios.

Cuando los evangelistas "vieron y aprehendieron" el misterio de la resurrección, comprendieron que el Cristo no había venido a cambiar la sociedad, sino a salvarla. No era preciso cambiar ni el punto de la i. La ley era buena. Quien tenía que nacer de nuevo, era el hombre. Este nuevo hombre, como creador, formaría la nueva sociedad donde pudiera realizarse ¿Qué hemos hecho de este signo cuando tratamos de encontrar, como el médico, un tratamiento para conocer la veracidad de este hecho? Olvidarnos que la sabiduría comienza por el reconocimiento de la propia ignorancia.

Cristo salvó (=sanó) a esta mujer, aunque (no lo sabemos) la fiebre siguiera abrasándola. Ella se puso a servirles, porque no notaba el peso de su sufrimiento. Los demás lo vieron. El milagro se realizó y

se sigue realizando en tantos y tantos enfermos que sonríen en su lecho de dolor porque confían en Cristo, como salvador del hombre (TEXTO 2).

El milagro de la tempestad calmada

Siguiendo los relatos de milagros del evangelista Mateo, nos encontramos después de la curación de la suegra de Pedro, con el milagro de la tempestad calmada:

Cuando hubo subido a la nave, le siguieron sus discípulos. Se produjo en el mar una agitación grande, tal que las olas cubrían la nave; pero El, entre tanto, dormía y acercándose le despertaron diciendo: Señor, sálvanos, que perecemos. El les dijo: ¿Por qué teméis, hombres de poca fe? Entonces se levantó, increpó a los vientos y al mar y sobrevino una gran calma. Los hombres se maravillaban y decían ¿Quién es éste, que hasta los vientos y el mar obedecen? (Mt 8, 23-27).

La brevedad de nuestro trabajo no nos permite realizar una síntesis de éste y de los siguientes milagros según el pensamiento de cada evangelista. Valga como muestra el milagro de curación antes explicado.

En el milagro de la tempestad calmada y tras el estudio, tanto del texto de Mateo como de Marcos 4, 35-45 y Lucas 8,22-25, podemos reconstruir el suceso tal como debieron vivirlo Jesús y sus discípulos:

Jesús, después de las curaciones que hizo al salir de la casa de Pedro, quiso pasar a la otra orilla del lago Tiberíades. Montó en una barca. Estaba cansado de la jornada y se durmió. El mar se encrespa; las olas caen sobre la barca (Mc 4, 37). Despiertan a Jesús porque les invade el miedo y éste sosiega las aguas ¿Cómo? Jesús se dirige como era costumbre al numen de las aguas y éste obedece a su mandato de quietud.

¿Qué ocurrió realmente? Suponemos que no una vez, sino que serían varias, las veces que Jesús cruzó el mar de Galilea o lago Tiberíades, con sus discípulos. Algunos de ellos, pescadores y con más conocimiento de la mar que el propio Jesús. No obstante, y los pescadores lo saben bien, cuando la mar se enfurece, sólo queda rezar (TEXTO 3).

En alguna ocasión, Jesús debió dar tal confianza a los navegantes que incluso la mar se calmó. ¿Casualidad? Lo importante es resaltar que, si bien la tempestad pudo acabarse, lo que realmente terminó fue el miedo de aquellos pescadores, que se preguntan: ¿Quién es éste que hasta los vientos y la mar le obedecen?

Han pasado los años y ahora los evangelistas están cada uno, en su momento histórico, escribiendo el relato. Todos conocen que únicamente Dios tiene poder sobre los elementos de la naturaleza. Han vivido la experiencia del resucitado y saben que el Jesús que murió en la cruz, es el enviado de Dios.

Recuerdan, y además tienen fuentes antiguas que dan constancia del hecho, que Jesús maravilló a los discípulos navegando por el mar de Galilea. Un día, atravesándolo, casi naufragan; ¿cómo se salvaron? Gracias a la confianza de Jesús y a la fuerza de su palabra. Recuerdan, asimismo, tantas y tantas historias del Antiguo Testamento donde Yahvé ordena a las aguas y éstas obedecen; el caso de Jonás al intentar huir; el paso del mar Rojo; Jacob al atravesar el río, etc.(11).

Sólo Dios tiene tal poder. Luego, Cristo actúa por su voluntad, como Hijo suyo. El lector tiene que asimilar este signo que nadie puede revelar sino el Padre. Los evangelistas ordenan el relato según su particular teología, pero los tres acaban con el mismo interrogante ¿Quién es éste?

La presentación que hacen de Jesús es mayestática, contrastando con la agitación de los personajes y los elementos de la naturaleza: Jesús duerme. Las olas se agitan. Los discípulos, nerviosos; Jesús, tranquilo. El viento se levanta e increpa y Jesús, con gran serenidad y calma, habla.

Y en medio del relato, la angustiada voz de los pescadores y discípulos: ¡Sálvanos! ¡Sálvanos! Los testigos del suceso dejaron constancia de esta salvación. Ahora los testigos de la resurrección escriben sobre aquellos recuerdos del actuar de Jesús en este mundo. Ellos ya saben que Jesús es el Cristo. La interrogación que hacen al final del episodio exige una contestación por parte del lector. ¿Quién es éste, que hasta los vientos y el mar le obedecen? Sólo Dios puede hacer tal cosa, luego ¿quién es Jesús?

La respuesta tiene que realizarse desde la fe. Esta vuelve a ser la raíz desde donde, el signo, puede ser captado. De ahí que se impone un nuevo interrogante en este episodio. ¿Cuál era el mensaje (signo) que los evangelistas deseaban hacer llegar a sus lectores?

Desde la muerte de Jesús habían pasado muchos años. Los testigos que habían conocido al maestro habían muerto. Las primeras comunidades cristianas esperaban la vuelta de Cristo. Pero este no volvía. Ante la incertidumbre de la espera los evangelistas comienzan a escribir sus historias. Es en este contexto que debemos asimilar este milagro.

La naciente cristiandad tenía que extender el mensaje o morir. Debía ir más allá del mundo judío. Cruzar a la otra orilla, a la orilla del mundo pagano. Jesús ordena cruzar a la otra orilla ¿cómo?, en la barca. La barca simboliza a la naciente Iglesia. Una Iglesia, que según vemos en el milagro comienza a hundirse.

Y Cristo en la barca (Iglesia), parece estar dormido. Se le llama y no como al maestro (Lc y Mc), sino como al Señor (Mt) que tiene poder sobre la historia: ¡Sálvanos! Y Cristo responde desde el corazón de todo ser creyente: *Porque tenéis miedo hombres de poca fe* (Mt 8, 26). *¿Por qué estáis con tanto miedo? ¿Cómo no tenéis fe?* (Mc, 4, 40) *¿Dónde está vuestra fe Ellos llenos de temor...*(Lc, 8, 25).

Ante el miedo, la fe. Cuando ésta desaparece, aquél aumenta. Cristo parece dormir. No es cierto. Él vigila la nave (Iglesia). El motivo de este relato hay que encontrarlo en la imperiosa necesidad que tenemos los cristianos (los de antes como los de ahora), de vigilar constantemente la fe. Si la nave se hunde por las olas, si el miedo atenaza es porque simplemente falta fe.

Los primeros cristianos tenían que descubrir el signo. La fe es necesaria si queremos triunfar. Con fe la Iglesia no puede naufragar, pues Cristo es su capitán. Cristo no duerme, es el hombre el que parece dormir. Y para intuir el misterio de salvación que se nos propone en este milagro hay que estar vigilantes y siempre dispuestos a ¡pasar a la otra orilla! (12).

Interpretación teológica del milagro de la tempestad calmada

¿Cuál puede ser la lectura teológica de este milagro para el hombre de hoy? ¿Cómo reinterpretar el signo de forma que vuelva a reencarnarse en el creyente del siglo XXI? ¿Cómo actualizar esta vivencia crística más allá de la cultura en la que el hecho sucedió? (TEXTO 4).

Volviendo al suceso podemos intuir que Jesús pudo mandar a los vientos y al mar que se apaciguaran. Incluso hasta podemos pensar que en aquel preciso instante (al margen de las causas naturales que allí se produjeron), la tempestad se calmase. De hecho, Jesús siempre mandaba callar cuando la gente ponderaba algún prodigio.

Suponer que Dios intervino para que las olas no hicieran naufragar la barca, traería más problemas que soluciones ¿Por qué no lo hizo en el hundimiento del Titanic? ¿Por qué no lo hace cada día que mueren los pescadores, que tras una jornada de duro trabajo, apenas ganan para subsistir? ¿Por qué? ¿Por qué? ...

Las preguntas serían interminables. El milagro, una vez más, no tiene nada que ver con lo sobrenatural o contra lo natural, hay que descubrirlo en la naturaleza. En la relectura y reencarnación de este relato, nos maravilla pensar en la fuerza humana de Jesús. Ante él, unos pescadores que, por lógica, tendrían más experiencia que Jesús. Sin embargo, tiemblan ante lo inesperado y no por ello desconocido, de la situación de naufragio por la que atraviesan.

¿Qué verían en Jesús cuando les increpa como al viento y les dice ¡Hombres de poca fe! Jesús parece no enterarse del peligro físico. A él le preocupa otro peligro ¿Cuál? El único que si falta, incapacita al hombre a ser tal: la fe.

Lo peor no es morir, aunque sea en el naufragio. Lo peor es vivir sin fe, porque así es imposible realizarse como ser humano y ello porque es entonces cuando el ser humano está muerto. La muerte estaba a punto de descomponer la nave (la Iglesia) porque creían que Jesús dormía.

La situación del hombre de hoy es la misma. Como a los discípulos, nos preocupa más la altura de la ola, que la realidad del signo que en ella se expresa. Al hombre de hoy, también le cuesta trabajo que le saquen de su habitación, su casa, su mundo, su, su... El cristiano tiene siempre que estar dispuesto. En servicio para con los demás, aunque sean los de la otra orilla.. Esta continua disposición producirá inquietud puede que hasta miedo. No importa, al menos siempre queda el consuelo de pedir auxilio.

Cristo, como entonces, volverá a dejarse oír en el corazón del creyente para descubrir que el milagro de la tempestad sigue actualizándose a través de los siglos. La muerte nunca alcanzará al hombre que se mantiene con fe. Pero hay que ser conscientes de que la fe nos obliga siempre a ir más allá del lugar en el estamos.

El horizonte siempre está por descubrirse: los cristianos somos los del camino. Este atributo propio del cristianismo primitivo, se reactualiza con el mensaje del milagro de la tempestad calmada. Si somos los del camino es porque aún no hemos llegado: la resurrección que intuimos ya, nos espera en el horizonte de nuestro caminar.

El milagro de la expulsión de los demonios

Siguiendo con la exposición de San Mateo, nos encontramos con que, tras el evento de la tempestad calmada, el evangelista narra el episodio de los endemoniados de la región de Gerasa:

Al llegar a la otra orilla, a la región de los gadarenos, vinieron a su encuentro dos endemoniados que salían de los sepulcros, y tan furiosos que nadie era capaz de pasar por aquel camino. Y se pusieron a gritar ¿Qué tenemos nosotros contigo, Hijo de Dios? ¿Has venido aquí para atormentarnos antes de tiempo? Había allí a cierta distancia una gran piara de puercos paciendo. Y le suplicaban los demonios. Si nos echas, mándanos a esa piara de puercos. El les dijo: Id. Saliendo ellos se fueron a los puercos y de pronto toda la piara se arrojó al mar precipicio abajo, y perecieron en las aguas. Los porqueros huyeron y al llegar a la ciudad lo contaron todo y también lo de los endemoniados. Y he aquí que toda la ciudad salió al encuentro de Jesús y, en viéndole, le rogaron que se retirase de su término (Mt 8, 28-34).

Una larga exposición para contar lo que había en la otra orilla: ¡el mal! Esta fuerza viene personificada por el demonio. Gerasa, ciudad de la Decápolis, estaba poblada por gentes paganas. Jesús vuelve a enfrentarse con las limitaciones que hacían sufrir a la gente de su época: enfermedad, elementos de la naturaleza y fuerzas demoníacas.

Este relato de milagro, ataca directamente a las fuerzas del mal ¿Qué pudo suceder en su marco histórico concreto? Cuando Jesús y sus discípulos llegaron a la otra orilla, se encontraron con un mundo que, lejos de lo que a primera vista pudiera parecer, era más religioso que el propio Israel ¿Por qué? Porque cuando ven a Jesús le confiesan como Hijo de Dios.

Los discípulos que le acompañaban fueron testigos de que su palabra y su acción tenían igual fuerza dentro que fuera del pueblo judío. Según la mentalidad de aquel tiempo, Israel era de Dios y las naciones gentiles del diablo. Pues bien, pudieron comprobar que ante unos endemoniados que representaban el poder de la región, Jesús era superior. Y curiosamente no preguntan ¿Quién es éste? Lo saben, es el Hijo de Dios. El mal (demonio) sabe muy bien que sólo es vencido por el bien (Dios).

¿Cómo entendieron las primeras comunidades cristianas este evento? Para asimilar el mensaje del milagro en su propio contexto, hemos de recordar que las perspectivas de universo de hace veintiún siglos no tiene nada que ver con las actuales. Por esta razón y dentro de sus propios conceptos del universo, tenían una idea muy infantil del mismo. Así la concepción simplista del universo de tres pisos no permitía dudar de la existencia de seres demoníacos. Su nombre, dirá Marcos al relatar este mismo milagro, es legión, porque somos muchos. Nadie los había visto, pero sus efectos eran bien conocidos.

Cierto que el nombre de legión podría ser, también, metafórico. Marcos lo habría puesto en este pasaje para arremeter contra los soldados romanos (la legión), que eran la representación popular del enemigo judío (13).

Satanás sale de aquellos hombres y se introduce en la pira de cerdos. Los judíos al oír este pasaje comprendían la escenificación que mostraba el evangelista: Jesús como fuerza de Dios se encuentra con un adversario ¿Quién es su adversario? Satanás. El significado de la palabra "Satanás" no es otro que el de "adversario". Para situar el lugar que le corresponde a Satanás en la nueva economía de salvación de los evangelios, Mateo envía al "adversario" a vivir en los cerdos. Ciertamente que en el judaísmo no existía animal más impuro, de ser así, allí habría mandado a Satanás.

Una vez situado en el lugar que le corresponde (según la mentalidad judía), los precipita en el mar y los ahoga. El Nuevo Testamento nada dice sobre la personificación del mal, lo que afirma con este milagro es que el seguidor de Cristo puede superarlo.

Los evangelios están constantemente enseñando la palabra de Jesús. El hombre es duro de corazón. A Satán le basta escuchar una palabra "Id" y cumple al instante la orden recibida.

Mateo, como el resto de los evangelistas en este relato, expresan una idea teológica: La actuación de Jesús supone el hundimiento del reino de Satanás. Ahora la actuación de cada cristiano en su entorno social debe ser mensajera de esta verdad. Cuando se cree en Jesús como Señor de la historia, se vivencia la fuerza del bien y no se teme al mal. No hay que buscar la personificación del demonio, éste se encuentra con nombres y apellidos en cualquier lugar donde el amor (Cristo) no ha llegado, ¡son legión!

El milagro, como signo, no tiene otra explicación. Los judíos entendieron que al mal le correspondía la muerte (su morada, como muestra el relato, es el sepulcro). Y ésta no puede habitar con el Cristo de la vida: "le rogaron que se retirase de su término." (Mt 8, 34). Con el milagro de los endemoniados de Gerasa, el creyente de las primeras comunidades cristianas sabía cómo combatir al mal: con la fuerza de Cristo.

Interpretación teológica del milagro de la expulsión de los demonios

Jesús, en cuento hombre, explotó al máximo sus posibilidades humanas. La fuerza de sus convicciones dejaba perplejos a sus amigos y enemigos. El poder mental de un hombre íntegro, arrastra y produce turbación.

Los discípulos convivieron con Jesús y tras su muerte-resurrección, debieron revivir situaciones que sólo entonces alcanzaron a comprender. Gentes que se sentían "poseídas", hablaban con El y encontraban la paz. Nada extraño, exclama el ateo, cualquier psiquiatra hace lo mismo con sus pacientes: la palabra oportuna en el momento adecuado.

Pero no es este el problema sinóptico. San Mateo ha visto al resucitado, desea que los demás le vean también. El no muestra al psiquiatra, sino al Hijo de Dios luchando y venciendo al mal ¿Cómo? El hecho es anecdótico. Posiblemente, en los orígenes, se trató de un caso típico de epilepsia. El enfermo escupe, se retuerce, cae, se levanta... los cerdos (¿alguno?) caen precipicio abajo (en la otra orilla, en los altos del Golán) y se ahogan en el Tiberiades.

Nada extraño ni sobrenatural, todo muy natural. Tan natural como el mal que todo hombre ha sentido en su corazón cuando no obra ni piensa rectamente. La escenificación que nos presentan en este milagro es de orden interno. Hasta la llegada de Cristo, el creyente no sabía cómo combatir la maldad. Ciertamente es el mayor adversario (=Satán) del hombre y Jesús le hace caer del pedestal en el que la humanidad le había situado.

Los discípulos se dieron cuenta de ello cuando el milagro fue aprehendido. El signo vuelve a surgir a través del hecho. Tan actual ayer como hoy. La fiebre, el naufragio, la epilepsia, todo, cuando se ve con ojos nuevos, remite a la trascendencia.

El cristiano de hoy tiene que desmitificar estos hechos para encontrar la raíz que los hizo posibles. Una vez hallado el misterio (milagro) que se oculta en el relato, tiene, si quiere comunicar su experiencia, que volver a remitificar el signo con algún hecho concreto. Este podrá variar, ya no será la "fiebre", ahora se llamará "sida" (enigmática enfermedad de nuestra era), su nombre no será "legión", ahora se denominará guerra, hambre, odio. La maldad puede haber cambiado de nombre, la historia ser distinta, pero el signo de la semilla del bien hay que descubrirlo en aquel Jesús que, tras la resurrección, fue reconocido como el Señor de la nueva creación.

Satanás es el adversario que todos llevamos dentro. El adversario puede conducirme hacia la muerte si pierdo la fe crística. Hay que estar vigilante pues "son legión". Esta por doquier. El simbolismo bíblico tiene unas connotaciones psicológicas innegables. El peor enemigo de cada uno somos nosotros mismos cuando no realizamos aquello para lo que hemos nacido.

El milagro de la curación del ciego de Jericó

La versión de San Marcos dice así:

Llegaron a Jericó... un mendigo ciego que estaba sentado junto al camino oyendo que era Jesús de Nazaret, comenzó a gritar y a decir: ¡Hijo de David, Jesús, ten piedad de mí!. Muchos le increpaban para que se callase; pero él gritaba mucho más. ¡Hijo de David, ten piedad de mí! Se detuvo Jesús y le dijo: Llamadle. Llamaron al ciego, diciéndole: Animo, levántate que te llama. El arrojó su manto y saltando se allegó a Jesús. Tomando

Jesús la palabra, le dijo ¿Qué quieres que haga? El ciego le respondió: Señor, que vea. Jesús le dijo: Anda, tu fe te ha salvado. Y al instante recobró la vista y le seguía por el camino (10, 46-52).

El relato que nos muestra Marcos no puede comprenderse, si previamente no se han leído los versículos anteriores a este episodio y que se refieren a la petición que hacen a Jesús los hijos de Zebedeo (10, 35-45).

Efectivamente, Juan y Santiago realizan una petición al Maestro: *¿Qué queréis que os haga?. Concédenos sentarnos el uno a tu derecha y el otro a tu izquierda. ¡No sabéis lo que pedís!*

Hasta aquí, el texto del milagro ¿Cuál pudo ser el hecho histórico? Ciertamente que Jesús debió de curar a más de una persona con dolencias oculares. Mateo en este mismo episodio cuenta que los ciegos eran dos (Mt 20, 30). Juan también nos narra una curación de un ciego de nacimiento y nos deja constancia de la receta: saliva, barro y lavarse. Quizás, algunas infecciones o úlceras podrían ser quitadas con estos u otros tratamientos. Sea como fuere, Jesús, en Jericó curó la vista a una o varias personas (14).

Un ciego demuestra, a través de su tara física, que el Dios de la vida está alejado de él. Así el ciego, el cojo, en definitiva, cualquier persona que físicamente hablando tenga un problema demuestra de forma objetiva que le falta algo de vida. Si Dios es para el semita bíblico el Dios de la vida, es lógico, que estas personas físicamente mermadas, algo malo habrán hecho para que Dios se haya alejado de ellas.

El concepto de vida plena y realizada era sinónimo de acercamiento divino. Por tanto, es lógico suponer que, incluso socialmente hablando, un mendigo, un pobre, sea en definitiva, un pecador, un abandonado de la providencia.

Jesús pasa junto al ciego, y lejos de abandonarle a su suerte (tal y como hacía la sociedad según lo expuesto anteriormente), le escucha y le devuelve la vista. El ciego le sigue.

¿Qué es lo que pudo ver el ciego? "Vio" que la persona que pasaba junto a él era el Hijo de David, es decir, el Mesías esperado. Y le llama a gritos. Los demás le mandan callar. El ciego ha "visto" que es el Señor. Los hijos de Zebedeo, Juan y Santiago, aunque discípulos, no se han enterado de lo que está sucediendo. ¿Por qué? Porque ellos le llaman "Maestro". El ciego le proclama como ¡Señor! La fe del mendigo es mucho más profunda. No hay nadie que la pueda acallar.

... Y los demás le increpan para que se calle; pero él gritaba mucho más. Jesús le escucha y pregunta. ¿Qué quieres que haga? La pregunta que dirige al ciego, es la misma que anteriormente había dirigido a Juan y Santiago. Pero obsérvese la diferencia: el ciego solicita humildemente ver. Los hijos de Zebedeo piden con orgullo los mejores puestos en el reino.

Jesús responde al ciego: *Anda tu fe te ha salvado.* A los de Zebedeo: *¡No sabéis lo que pedís!* La comparación de ambos pasajes marca la clase de interpretación del milagro: ¡La "ceguera" de los discípulos y la "visión" del ciego!

Lucas omite el episodio de los hijos de Zebedeo: Sin embargo, antes de relatar el milagro del ciego de Jericó cuenta cómo Jesús, les enseña lo que ocurrirá con el Hijo del Hombre al llegar a Jerusalén. *Pero ellos no entendían nada de esto, eran cosas ininteligibles para ellos, no entendían lo que les decía (Lc 6, 31-34).*

La ceguera de los doce contrasta con la visión del ciego que, aun a pesar del gentío, entiende que el Hijo de David está cerca de él. En contraposición los discípulos "no entienden lo que les decía,."

Jesús responde "Anda tu fe te ha salvado". El pecado, símbolo de la ceguera, ha desaparecido. La lejanía aparente de Dios queda al descubierto en aquella sociedad donde rico significaba bueno, y pobre era sinónimo de maldad. Donde sano era igual a salvo y enfermo igual a condenado.

El ciego "vio" la realidad con más intensidad que los propios discípulos y con más claridad que aquella masa de gente que seguía al taumaturgo.

Jesús no era un taumaturgo, era el Hijo de David, el instaurador del reino esperado durante siglos. Reino en el que importa más la actitud que el acto, la bondad que la posición social, en definitiva donde los últimos pueden llegar a ser los primeros. Esta verdad evangélica se revela en el presente milagro.

Interpretación teológica de la curación del ciego de Jericó

¿Qué interpretación teológica podemos encontrar actualmente a la visión del ciego de Jericó? Jesús se detuvo y dijo a sus discípulos: "Llamadle. Llamaron al ciego, diciéndole: Animo, levántate que te llama".

En primer lugar llama la atención que sean precisamente los que no entendían nada, los que se dirijan al ciego para ordenarle que se levante. Recordemos que el semitismo "levántate" significa: ¡vive, resucita!

No se trata de un levantarse del suelo, dado que el ciego no era inválido y ante la muchedumbre era ilógico que se quedara sentado. Los discípulos se limitan a ser portadores de la palabra de Jesús y aunque no entiende nada, realizan la orden recibida.

Los cristianos siguen siendo portadores de la luz, aunque como en el caso presente, a veces, no entiendan nada. ¡No vean nada! Juan dirá: *Para un juicio he venido a este mundo: para que los que no ven, vean; y los que ven se vuelvan ciegos* (9, 39).

¿Qué significa esto? Sencillamente, que los que ven ¡están ciegos! y los que están ciegos ¡ven! ... y el que tenga oídos para oír... (15).

Jesús, qué duda cabe, curó a más de un ciego, pero esto no significa que fuera Dios. Más cegueras ha curado Barraquer en su clínica de Barcelona (España), (así como cualquier otro oftalmólogo), y jamás nadie le adoró como a un dios.

Nadie ha seguido los pasos de oftalmólogo alguno por muchas curaciones que realizase. El ciego de Jericó "le seguía por el camino" (Mc 10,52). El seguimiento del ciego es la entrega de todo hombre, independientemente de su realidad física, a la verdad autorrealizante.

El ciego de Jericó pudo ver o no ver, físicamente hablando, el milagro no descansa en este hecho. El signo que traspasa las fronteras del tiempo, hay que reencontrarlo allí donde el ciego, posiblemente y aun a pesar de su ceguera, ¡pudo ver! mejor que los propios discípulos, que Cristo le había salvado. Ellos necesitaban puestos de honor para sentirse seguros (a su derecha y a su izquierda).

El ciego sólo necesitó fe. Ella es la que le conduce al seguimiento de Jesús, es decir, a descubrir la auténtica felicidad que siguen queriendo acallar las masas. Y es que, entonces, como ahora, a veces son los ojos los que ciegan al hombre.

Los ojos no están permitiendo ver a los discípulos porque creyendo ver, están ciegos. El milagro traspasa las fronteras del tiempo al comprobar que el ciego es el único capacitado para ver a Cristo. El único que le llama y, lo más importante, le sigue en el camino.

El ciego, y este es el gran mensaje que nos donan los evangelistas, es el prototipo del verdadero discípulo, siendo el último se convierte en el primero. Los doce no entienden lo que está sucediendo. Puede ser que la Iglesia de la que formamos parte, en momentos determinados, por creer que ve, se quede ciega y aquellos que estimamos son los últimos y están fuera de la salvación (ciegos, en pecado), son los que realmente salvan a la humanidad.

Ciertamente que los apóstoles, aún sin saber ni comprender bien lo que está sucediendo, llevan la impronta del Cristo y la palabra de salvación. Ellos son los que se acercan al ciego para indicarle que Cristo le llama. Ellos, como nosotros, aunque sigamos sin comprender, somos portadores del Espíritu. Los evangelistas conscientes de este misterio, nos dejan constancia de él, a través del mensaje del ciego de Jericó.

De ahí que nos preguntemos a la hora de terminar este trabajo y a tenor de esta última afirmación ¿comprendieron los discípulos los milagros evangélicos? Igual que pueden ser comprendidos en el siglo XXI. Unos sí, otros no. Siguiendo la exposición de Mateo, podemos aclarar este interrogante: "Otro de los discípulos le dijo: *Señor, déjame ir primero a enterrar a mi padre. Dícele Jesús: Sígueme y deja que los muertos entierren a sus muertos* (Mt 8,21).

Después del Sermón del monte y entre el milagro realizado en la casa de Pedro y los de la tempestad y los endemoniados, nos encontramos esta dura afirmación. Lo que dice Jesús parece estar claro. Tan claro, que, años atrás, muchos conventos de clausura no permitían la salida de sus monjas, ¡ni en caso de muerte familiar!. Sin embargo, estimamos que lo importante es saber lo que Jesús quería decir.

Mateo ha expuesto el mensaje de Jesús en el monte: Bienaventurado todo el que necesite... La palabra del Mesías actúa sobre los hombres de buena voluntad. La palabra en acción es el milagro. Por esta razón, Mateo, tras el Sermón, coloca estos milagros.

Ahora el creyente puede comenzar a elegir. ¿Qué sucede? ¡Nada!: Un discípulo, ante lo que está ocurriendo, solicita permiso para enterrar a su padre. No se ha enterado de nada. Jesús habla de vida y el discípulo sigue hablando de muerte. Todo igual que antes ¿Le prohibía Jesús enterrar a su padre? Por supuesto que no. Su respuesta es clara: Deja que los muertos entierren a sus muertos ¿Acaso un muerto puede enterrar a otro?. Los muertos son los vivos que, oyendo siguen sin escuchar la palabra y, viendo, continúan ciegos ante el milagro.

Si el discípulo hubiera estado "vivo" no habría formulado esta pregunta. El lenguaje de Jesús es religioso, es decir, humano; el interrogante del discípulo no. El discípulo sigue sin comprender: Hay que entregarse a la palabra para que se opere el milagro. Hay que, como el ciego, seguirle en el camino. ¡Incluso siendo ciego! ¡Incluso con el padre muerto! Cosa distinta es enterrar el cadáver al que estaban obligados, tanto por la sociedad, como por la ley..

Todo el mensaje evangélico conduce a la vida ¿Cómo es posible que un discípulo crea que su padre ha muerto? El discípulo que ha aprehendido los hechos de milagros conoce por experiencia que la muerte no existe. La muerte existe para aquél que teniendo ojos no ve. Éste es el que en vida, está muerto. De ahí que se le diga que como muerto, entierre a los muertos. Si el discípulo, como los doce, hubieron "visto" el milagro, sabrían que ningún padre puede morir tras esta vida, porque más allá de este mundo se abre la posibilidad de la eternidad.

La vida continúa, pero sólo para quien ya la experimenta en el más acá, es decir, para el que no está muerto, para el que ve, como el ciego, que el camino que nos brinda Cristo tiene por meta la resurrección. ¿Cómo es posible, por tanto, que sigamos hablando de muerte? (TEXTO 5)

Conclusión

Hemos observado el hecho de milagro tal y como lo presenta la teología sinóptica. El milagro para Mateo, Marcos y Lucas es una forma narrativa que nos permite acercarnos al Cristo que tratan de revelarnos. La conclusión que hemos de dar a tenor de lo expuesto es que el milagro sólo lo experimenta quien tiene fe. Toda la teología sinóptica trata de despertarnos a la fe; es en ella que podemos descubrir el milagro.

El milagro no es un hecho que va contra la naturaleza que Dios ha creado; el milagro es un signo que nos remite a observar cómo actúa Cristo, con el fin de que sepamos, a partir de ese instante, cómo hemos de actuar nosotros.

Todos los hechos de milagros nos conduce al gran milagro evangélico que cuestiona la propia vida del creyente: la resurrección. Pero incluso este milagro, también exige la fe. Así unos la ven, como el centurión ante la cruz, y otros siguen observando el cadáver clavado en el madero.

Los evangelista sinópticos nos llevan de la mano a través de sus personales experiencias. Dado que las experiencias son personales, cada milagro es vivido de forma distinta. Un mismo milagro varía en los hechos que lo componen pero no en el signo que tratan de revelar. Ellos nos conducen desde sus personales psicologías y teologías hasta el Cristo. Una vez alcanzada la meta, cada cristiano ha de volver a remitificar el hecho de milagro para, nuevamente, como los evangelistas, revelar el signo que desde el origen nos remite hacia el misterio que llamamos Dios.

“Hoy ya no existen milagros”. Con frecuencia oímos frases como ésta. Lamentablemente quienes la pronuncian, “creen” que el milagro se produce en el exterior del hombre. La primera condición para ver el milagro, es que éste se opere en el interior del creyente. El lugar teológico donde se opera el milagro, es en el ser humano. Si hoy no existen milagros ¡que existen!, es simplemente porque hemos perdido la capacidad para verlos.

Porque creemos que vemos, continuamos ciegos. ¡Señor que vea! El grito del ciego sigue siendo escuchado por Dios. Estar cerca del resucitado no es cuestión de honores como creían los hijos del Zebedeo por muy apóstoles que fuesen, estar cerca de Cristo es seguirle, como el ciego, en el camino de los que creen que la salvación siempre es posible. Sólo entonces el milagro de la creación se convierte en cada creyente en la creación del milagro.

NOTAS

- 1.- El lenguaje teológico, como cualquier otro saber, precisa de un estudio que, lamentablemente, la mayoría de los creyentes dan por sabido. La Biblia se expresa de muy distintas formas, sin embargo, la forma que prevalece sobre las demás es la teológica. Precisamos adentrarnos en este lenguaje para traducir al día de hoy lo que los textos bíblicos quieren expresar. En el trabajo que exponemos a continuación vamos a introducirnos en la teología sinóptica, que difiere de la joánica. De ahí que se estudien por separado. Si los sinópticos nos presentan al Jesús hombre para que se nos revelen el Cristo Dios, Juan nos presente al Cristo Dios para que lo descubramos en nuestro ser de hombres (personas).
- 2.- En este trabajo reproducimos parte de la exposición que hicimos en su día bajo el título Los Milagros, Editorial Biblia y Fe, Madrid 1991.
- 3.- “Así por ejemplo en Mateo, a continuación de los dos capítulos del sermón de la montaña (5-7), vienen otros dos capítulos sobre milagros (8-9). Cf. WEISER, A., ¿A qué llama milagro la Biblia? Sobre las narraciones milagrosas de los evangelios, Ediciones Paulinas, Madrid 1979, p. 48s.
- 4.- “Algunas curaciones insólitas que tuvieron lugar por la gran confianza que se tenía en el poder curativo de Esculapio, Apolonio, Vespasiano o la oración suplicante de determinados rabinos judíos, no pueden discutirse y eliminarse por las buenas, sino que debemos valorarlas en su objeto constitutivo como sucesos realmente históricos” Cf. WEISER, A., o.c. p. 217.
- 5.- “La magia busca el dominio de las fuerzas internas y externas del hombre. El mago utiliza la fuerza en su provecho. El milagro es completamente distinto, aunque sus efectos puedan a veces ser los mismos. El hombre religioso no puede dominar ninguna fuerza: ¡se siente dominado por ellas Jamás podrá realizar un milagro en su propio beneficio, eso le corresponde a la magia” Cf. QUELLE, C., o.c. p. 12.
- 6.- Se trataba, en parte, de curaciones milagrosas que tenían lugar en famosos lugares de peregrinación (Epidauros) y que se atribuían al dios sanador que allí se veneraba. Y se trataba también, en parte, de curaciones efectuadas por predicadores y maestros ambulantes, como Apolonio de Tiana” Cf. TRILLING, W., Jesús y los problemas de su historicidad, Editorisal Herder, Barcelona 1970, p. 117
- 7.- “De lo dicho se deduce que tenemos que considerar como legendarios muchos relatos milagrosos de los evangelios. Tales leyendas se han de examinar no tanto con vistas a su contenido histórico sino respecto de su intencionalidad teológica. No dicen nada sobre ciertos hechos salvadores, sino sobre el significado del único acontecimiento salvífico, Jesucristo.” Cf. KASPER, W., Jesús el Cristo, Ediciones Sígueme, Salamanca 1976, p. 110.
- 8.- Tanto los milagros de Jesús como su proclama y sabiduría ambicionan la conversión de los hombres (Mt 11, 20: 12, 38-42). Atacándose el mal físico externo, Jesús muestra su voluntad y poder de sanar al hombre entero, totalizado desde dentro” Cf. DUMAS, B., Los milagros de Jesús. Los signos mesiánicos y la teología de la liberación, Editorial Desclee de Brouwer, Bilbao 1984, p. 257.
- 9.- “Este informe constituye una de las narraciones milagrosas más breves y formalmente más claras del Nuevo Testamento” Cf. WEISER, A., o.c. p. 57. Asimismo la estructura aquí expuesta del milagro viene expuesta por el mismo autor (p. 58-61).
- 10.- Para aquellos lectores que no sea de origen español indicamos que Bayer es un conocido laboratorio farmacéutico que sintetiza la fórmula mundialmente conocida como aspirina.

11.- “En la tempestad calmada ocurre algo semejante al milagro de Jesús caminando sobre el lago, ya que desempeña un papel muy importante el motivo de que Jesús –como Yahvé en el Antiguo Testamento– es el Señor de todos los poderes e incluso de las potencias naturales que amenazan a la vida” Cf. WEISER, A., o.c. p. 168.

12.- “Embarcarse con Jesús en la “nave Iglesia” (Tertuliano), en la que nos ordena montar para pasar al otro lado en dirección a tierras paganas, equivale a ofrecer el asalto de los poderes perversos, a aceptar el riesgo de la tempestad y de la muerte, más con la certeza de que con Jesús, en la Iglesia, la travesía nos conducirá a tierra firme” Cf. LEON-DUFOUR, X., Estudios de Evangelio, Editorial Estela, Barcelona 1969, pp. 176-177.

13.- Asimismo, sobre Jesús, el hombre y legión son interesantes las sugerencias de LEON-DUFOUR, X., Los milagros de Jesús. Según el Nuevo Testamento, Ediciones Cristiandad, Madrid 1979, pp. 149-157.

14.- Es conveniente recordar que el simbolismo de la saliva y el barro nos retrotrae míticamente hablando al Génesis y a la creación, “El simbolismo del obispo de Lión es claro: el lodo, hecho por Jesús de la tierra y aplicado a los ojos del ciego (9,6) simboliza, en la línea de la creación de Adán (Gn 2, 7), la creación del “nuevo hombre” Así se expresa Sabugal en un texto en relación a la curación del ciego según San Juan. Cf. SABUGAL, S., La curación del ciego de nacimiento (Jn 9, 1-41) Análisis exegético y teológico, Biblia y Fe, Madrid 1977, p. 55.

15.- *¿Es que tenéis la mente embotada? ¿Teniendo ojos no veís y teniendo oídos no oís?* (Mc 8, 17-18). Estas preguntas de Jesús las formulan desde distintas perspectivas los sinópticos ¿Por qué? Porque ellos pasaron por esta experiencia. Ellos eran los ciegos. En relación al pasaje del ciego de Betsaida oímos decir “Si este ciego fue o no personaje histórico es una cuestión secundaria...el punto importante que hay que hacer notar es que El es ciertamente una figura simbólica. El relato representa una parábola puesta en ejecución: la apertura de los ojos del mismo San Pedro y de sus compañeros. El ciego de Betsaida no es sino San Pedro, cuyos ojos se abrieron junto a Cesarea de Filipo” Cf. RICHARDSON, A., Las narraciones evangélicas sobre milagros. Ediciones Fax, Madrid 1974, p. 105.

TEXTOS

Número 1

LEON-DUFOUR, X., Los Milagros de Jesús. Según el Nuevo Testamento, Ediciones Cristiandad (C/ Huesca, 30-32) Madrid 1979

En este texto se nos presentan las diversas perspectivas de los evangelistas a la hora de estudiar el hecho de milagro. El autor nos ofrece una información seria de los hechos de milagros, en contacto directo con los textos y con la interpretación que exigen en cada contexto histórico.

Número 2

QUELLE, C., Los milagros, Colección Nuevos Horizontes, Editorial Biblia y Fe (c/ Fermín Caballero, 53 28034 Madrid) Madrid 1991

El trabajo que hemos expuesto sobre los milagros de Jesús desde la visión sinóptica viene detallado con mayor amplitud en el presente texto. La obra corresponde al soporte didáctico que presentamos en las clases de la Escuela Bíblica sobre el hecho de milagro. Partiendo de la diferenciación entre el milagro y la magia y de las diversas actitudes del hombre ante el milagro, vamos recorriendo su comprensión desde la óptica del A.T. hasta la plenitud del N.T.

Número 3

LÉON-DUFOUR., X., Estudios de evangelio, Editorial Estela, Barcelona 1969

Son dos las obras que recomendamos del Leon-Dufour. A pesar del tiempo transcurrido desde su publicación el estudio de milagros que realiza en este trabajo sigue teniendo actualidad. Merece especial atención el estudio de la curación de la suegra de Pedro y el de la tempestad calmada. Asimismo analiza el milagro del niño epiléptico que no ha sido reseñado en nuestro estudio.

Número 4

WEISER, A., ¿A qué llama milagro la Biblia. Sobre las narraciones milagrosas de los evangelios, Ediciones Paulinas (c/ Protasio Gómez, 13) Madrid 1979.

El texto de Weiser es, de los presentados, posiblemente el más didáctico. Analiza las curaciones de enfermos, la expulsión de demonios, los milagros de la naturaleza y los milagros concomitantes ocurridos en la muerte de Jesús. Asimismo nos ofrece textos sobre milagros fuera del contexto bíblico, a fin de que el lector pueda comparar e interpretar el significado de estas narraciones.

Número 5

RICHARDSON, A., Las narraciones evangélicas sobre milagros, Ediciones Fax, Madrid 1974.

Dentro del estudio de los textos evangélicos en relación al tema de los milagros, proponemos este trabajo de Richardson en el que nos propone una visión teológico-bíblica de estas narraciones. La Iglesia primitiva vio estos hechos, especialmente, como un medio catequético para expresar su fe. Los milagros, según los expone el autor, son, en definitiva, un instrumento para ahondar en el misterio de Cristo.

GLOSARIO

- Camino:** Los cristianos de las comunidades primitivas se auto-definían como “los del camino”. Recordemos que Jesús había dicho que Él era el camino, la verdad y la vida.
- Exegeta:** Estudioso de los textos bíblicos que con conocimiento de las lenguas en que han sido escritos traduce al lenguaje actual no ya lo que estos dicen, sino más bien lo que quieren decir
- Jehová:** Término con el que se pronuncia equivocadamente el nombre de Yahvé y que proviene de la “mezcla” griega de la palabra “*eo*” (señor) y las tres consonantes hebreas con las que se escribía el nombre de Dios.
- Kerigma:** La palabra "kerigma" proviene del griego; añadiendo el sufijo ma a la raíz keryk, surgió el sustantivo “kerygma o kerigma”. Su significado tardío es "promulgación" solemne, el grito del heraldo que anuncia oficialmente un hecho o acontecimiento. Se aplica en el libro de los Hechos a la proclamación del núcleo central de la fe cristiana (salvación por la muerte y resurrección de Cristo), que se hace en forma de testimonio para suscitar la fe del oyente. El kerigma es la síntesis de la predicación de las primeras comunidades cristianas.
- Milagro:** El sentido que damos a este sintagma es a nivel teológico y encuadrado dentro del mensaje sinóptico. Por tanto, milagro no es sinónimo de portento. Lo portentoso y sobrenatural no encuadra en este término evangélico del que constantemente están huyendo los evangelistas. Milagro es aquí sinónimo de signo. A través del hecho de milagro hay que descubrir el signo de salvación que Dios brinda, en Cristo, a la humanidad. Este es el auténtico milagro, no el hecho en sí mismo.
- Remitificar:** Volver a mitificar. En el mundo bíblico el misterio se expresa a través de mitos. Cuando estos se experimentan en la vida del creyente, se impone volver a mitificarlos a fin de comunicarlos nuevamente.
- Yhavé:** Uno de los nombres atribuido a Dios en el A.T. y que significa “el que es”

AUTOEVALUACIÓN

- 1.- Si Cristo es uno ¿ por qué existen diferencias en la forma de explicarlo cada evangelista? ¿Por qué el mismo milagro varía según quien lo narre?
- 2.- Exorcismo, magia, posesiones, hechos sobre naturales ¿tienen estos eventos algo que ver con los milagros?
- 3.- La suegra de Pedro revela la condición de la mujer en el A.T. ¿la igualdad del hombre y la mujer en el siglo XXI es real?
- 4.- La impureza era considerada tabú ¿cuáles son los actuales tabúes de nuestra sociedad?
- 5.- Del milagro de la creación a la creación del milagro ¿creemos posible este camino en nuestras vidas?
- 6.- Cristo parece estar ausente en la Iglesia ¿cómo expresarías estas frase dentro del contexto del milagro de la tempestad calmada?
- 7.- Dios y vida. Enfermedad y pecado. Razona estas frases.
- 8.- ¿Conoces lugares donde se han realizado milagros? Reinterpretalos, teológicamente, según los parámetros aquí expuestos.
- 9.- Lee los pasajes de los sinópticos donde se narra el signo de Jonás. Observa que cada evangelista da distinta interpretación del signo ¿Cuál sería la tuya?
- 10.- Razona esta frase: Todos los milagros podrían ser explicados científicamente y, sin embargo, el signo de salvación que conllevan quedar intocable y tan inabarcable hoy como entonces.

TEST

- 1.- ¿Realizó Jesús exorcismos?
- 2.- ¿Los milagros despiertan la fe del creyente?
- 3.- ¿Por qué se considera impura a la suegra de Pedro?
- 4.- ¿Cuál de los tres sinópticos relata la enfermedad de la suegra de Pedro con más detalle?
- 5.- ¿Qué significa teológicamente la barca en el milagro de la tempestad calmada?
- 6.- ¿Cuál es el significado de Satanás?
- 7.- ¿Cuál podría ser la enfermedad de los endemoniados gadarenos?
- 8.- En la narración del ciego de Jericó, ¿quién es, auténticamente, el prototipo del discípulo de Jesús?
- 9.- Los hijos del Zebedeo ¿qué piden en contraposición de lo que solicita el ciego de Jericó?
- 10.- ¿Cuál es el lugar teológico donde se sigue revelando el auténtico signo, hoy, igual que entonces?

RESPUESTAS AL TEST

- 1.- Jesús reveló al Padre en el contexto que le tocó vivir. Por tanto podemos afirmar que Jesús, en cuanto hombre se comportó conforme a las creencias propias de su época y realizó exorcismo tal y como hemos observado en el milagro de la suegra de Pedro según la narración lucana.
- 2.- Los evangelistas huyen de los prodigios porque ellos no son motivo de fe, antes bien el proceso es a la inversa. Los evangelistas escriben sus obras para, a través de la vivencia, despertar la fe y es entonces cuando se opera el milagro, porque la fe revela el milagro de la creación.
- 3.- Porque la enfermedad era considerada como un signo exterior del pecado. Por tanto, si la suegra de Pedro tenía fiebre, era porque había pecado. Quien toca a una pecadora se vuelve, como ella impuro.
- 4.- El evangelista Lucas porque era médico.
- 5.- La barca es símbolo de la Iglesia.
- 6.- El adversario.
- 7.- La epilepsia.
- 8.- El ciego porque sigue a Jesús en el camino y le confiesa como Señor.
- 9.- Juan y Santiago piden honores en el reino de Dios; solicitan los mejores puestos. El ciego no pide honor alguno se conforma con ver. Y él, al ver, entiende y los discípulos al estar ciegos, no comprenden.
- 10.- El lugar teológico es el creyente: el templo vivo de Dios donde la creación sigue su devenir hasta la consumación de los días, que en cada creyente se da en su particular plenitud de los tiempos.